

EL HUECO EN EL PAVIMENTO



EL HUECO EN EL PAVIMENTO

Los adoquines, los adoquines negros, grises, marrones y rojos, que pavimentaban el suelo de las calles de la ciudad, eran en ellos, y solo en ellos, en los que Roberto pensaba. ¿Quién los habría colocado ahí, todos tan cuadrículadamente? Eran tantos, casi una infinitud; debía de haber sido un arduo trabajo. Absorto en estos pensamientos, Roberto caminaba fuertemente agarrado a su madre, como todo niño de seis años. Aquellos cotidianos adoquines se le presentaban como todo un asombroso misterio que servía a su mente de distracción, permitiéndole que pronto olvidara la monumental realidad que le rodeaba: las ingentes masas de personas caminando apuradas, los constantes sonidos de los vehículos y los colosales edificios grises que se alzaban a su alrededor. De este modo, sumergido en su pensamiento, sin quererlo, la fuerza con la que asía la mano de su madre fue paulatinamente disminuyendo, permitiendo que se quedara ligeramente rezagado, andando un paso por detrás de ella, la cual aún le sostenía la mano, tirando de él para que no se detuviese.

Madre e hijo doblaron la calle y, tras recorrer un angosto callejón, llegaron a una avenida de aceras anchas, en las que los ríos de gente eran aún mayores. Con tantos zapatos moviéndose frenéticamente sobre el suelo, Roberto era incapaz de contemplar con la atención merecida sus preciados adoquines. Consternado, agachó la cabeza intentando esquivar los pies que obstruían su visión. Se sorprendió al descubrir lo variopintos que eran los adoquines de aquel lugar, pues, allá, unos eran cuadrados y de un gris casi negro, aquí, otros eran circulares y de una tonalidad más pálida, y los de allí parecían más bien rombos de un negro jaspeado. Cuadrado, rombo, círculo. El niño alternaba en ese orden la mirada, observando primero un sitio y luego los otros dos para no perder detalle del pavimento. Entonces, repentinamente, Roberto se detuvo turbado, para volver la mirada, queriendo confirmar lo que había visto. Allí, tan solo unos metros a su izquierda, donde debería haber un bonito adoquín cuadrado, había un oscuro y terrible hueco.

Atolondrado por la perturbadora anomalía, Roberto dejó que su mano se deslizara entre los dedos de su madre, separándose de ella que siguió avanzando. Seguidamente, Roberto se acercó a aquel esporádico y extraño vacío para poder observarlo detenidamente. Apenas medía unos centímetros, sus laterales grises eran irregulares con pegotes de cemento, como si, de verdad, el hombre que colocaba los adoquines hubiera tenido la intención de poner uno ahí. Sin embargo, lo que de verdad desconcertó a Roberto fue lo que se escondía en ese pequeño y sombrío hueco, de

un color rosa palo y cubierta por una fina capa de suciedad y polvo, reposaba una pulsera de cuentas. Roberto la cogió con delicadeza y dispuesto a ser un buen niño devolviéndosela a su dueña levantó la vista del suelo por primera vez desde hacía rato.

Fue así como salió de su ensimismamiento y de súbito, al verse rodeado por la afluencia masiva de personas de las cuales solo alcanzaba a ver las piernas, se sintió solo y pequeño. Sonaban a su derecha los motores de los coches y sus frenos, pero no, ese día no sonaban, ese día rugían, proferían ruidos monstruosos que además se dirigían todos hacia él, que continuaba allí desamparado, de pie frente al hueco. Asustado y en un intento por volver a agarrar la mano de su madre, Roberto alzó su brazo y estiró sus dedos, dejando caer la pulsera que entre ellos se guardaba. Y mientras observaba cómo se rompía, desperdigando sus cuentas rosas sobre el suelo, se percató de que la mano que había levantado en busca de protección no conseguía ni conseguiría encontrar nada a lo que aferrarse.

Entonces Roberto, angustiado y desprotegido, miró a su alrededor en busca de algún tipo de apoyo, pero cuanto más buscaba ese mundo acelerado de gente de semblante impasible vestida de negro, de ruidos atronadores que se agolpaban en sus oídos y le impedían pensar, y de edificios altos que se levantaban en torno a él, queriendo aplastarle, todo ese mundo gigante y hostil iba enterrándole en su propia pequeñez y soledad. Y cada vez las personas andaban más desenfadadamente, rodeándolo, y los coches más rugían amenazándolo, y los edificios más parecían curvarse e inclinarse sobre él, atrapándolo en un mundo demasiado rápido, demasiado grande, demasiado ajeno.

Angustiado, Roberto volvió la mirada al suelo, pero aterrorizado debió apartarla al ver cómo las pequeñas cuentas rosadas eran pisadas sin piedad por los zapatos de aquellos hombres de negro, quedando la preciosa y delicada pulsera desvencijada en mil pedazos que se extendían por los adoquines ahora grises y tan ominosos como el resto de su realidad. Y mientras sus ojos huían angustiados de esa imagen, se toparon con una figura extraña que se dejaba entrever por entre las frenéticas personas y que allí a lo lejos, inmóvil, parecía observarle.

Era la silueta de un hombre robusto que se apoyaba en un bastón y que llevaba sobre su cabeza un sombrero de paja roído. Vestía con un peto andrajoso bajo el cual se asomaba una camiseta de cuadros azules, lo que le hacía contrastar con las masas de gente uniformada de negro que le rodeaban. Mas no fue esto lo que desconcertó a Roberto, sino la perturbadora sonrisa que

creyó ver dibujada en su rostro en el momento en que le divisara entre la multitud. Y entonces Roberto, viéndose consternado por el extraño y en un intento por rehuir su mirada, se encontró de nuevo con el tronar del tráfico, con las piernas que cada vez más cerca de él intentaban pisarle y con los edificios que ya no parecían rígidos, sino que se contorsionaban sobre él queriendo engullirle.

Sintiéndose atrapado por ambas amenazas, volvió la mirada al siniestro hombre, pero o bien las personas lo habían ocultado por completo o había desaparecido. Aunque abrumado por el extraño suceso, el niño no tuvo tiempo de reflexionar en ello, pues la enorme ciudad parecía querer sepultarle en su angustia con más fuerza. El chirrido de los coches al frenar, los agudos pitidos, los pesados aunque rápidos pasos de la gente, el crujido de las cuentas rosas al estallar bajo el peso de un cuerpo y, de súbito, a esta amalgama de sonidos se unió uno completamente nuevo. Entre el rugir de los motores y el musitar de las personas, Roberto oyó un golpe metálico, fuerte y seco, al que le acompañó un eco corto y áspero.

Este ruido, en un principio lejano y aislado, llevó a un silencio momentáneo que se rompió con el sonar de otro golpe igual, tras el cual volvió el silencio, pero luego otra vez el ruido. Y así, a intervalos, Roberto iba percibiendo aquel inquietante sonido: golpe, pausa, golpe, pausa. Al tercer golpe, el niño fue consciente de que el intervalo se iba acortando y el sonido acercando. Acongojado, desolado y angustiado, se alzó sobre sus talones, necesitando encontrar el origen de ese ruido que le desgarraba los oídos, sin conseguir vislumbrar nada entre el bullicio de la gente. Y entonces, cuando el espacio entre golpe y golpe era apenas un instante, sonó otra vez el ruido, pero mucho más cerca, más fuerte y más tenebroso. El adoquín frente a Roberto se acababa de agrietar.

Roberto, sobrecogido por la cercanía del impacto, se paralizó, y lenta y temerosamente miró el adoquín surcado por grietas negras, descubriendo sobre el pavimento un rastrillo oxidado. Levantó la vista tembloroso, y ante él, pequeño, débil y acobardado, estaba aquel hombre corpulento, vil y de retorcida sonrisa apoyado sobre el rastrillo que antes le pareciera un bastón. Rígido por la angustia y ahogado en el terror, Roberto miró desesperadamente a su alrededor suplicando socorro, pero no, allí solo estaban los gruñidos metálicos de los motores que le acosaban, no, allí solo estaban aquellas personas vacías o más bien sombras funestas que andaban a su alrededor asfixiándolo, no, allí solo estaba aquel hombre espectral, de mirada cruel, que con una sonrisa oscura, torcida y congelada comenzaba a levantar el rastrillo de dientes punzantes sobre el niño para asestar su golpe final.

Viendo el destino fatal que se cernía sobre él, Roberto con el cuerpo tembloroso y derramando las lágrimas que anegaban sus ojos atemorizados profirió un único grito agudo y desesperado que quedó ahogado cuando inerte, pálido y con el rostro descompuesto cayó al suelo adoquinado frente al agujero como ya lo hiciera cierta pulsera.

Tan solo unos minutos más tarde, Roberto, mareado y desorientado, despertó tras la conmoción. Sentía el tacto cálido de su madre que le sostenía entre sus brazos, consolándole. Fue a mirar a su querida protectora y a agarrarla fuertemente de la mano como antes, en su angustia, había querido hacer, y esta vez al intentarlo, sus manos no encontraron vacío ni sus ojos, el insensible semblante de los hombres de la ciudad. No obstante, al hacerlo, el terror de Roberto se reavivó con fuerza, pues sus dedos se cerraron en torno a un objeto metálico y oxidado, y sus ojos espantados se toparon con cierta sonrisa de distorsionada alegría y de fría y calculadora maldad. Para convertir su terrible miedo en algo aún más tangible, más atroz e insoportable, no era su madre, su amada fuente de protección, quien le rodeaba con su cuerpo, sino que era aquel hombre macabro con su rastrillo quien le tenía.

Y así, Roberto se retorció en el suelo adoquinado, profiriendo gritos, mientras un extraño señor lo sujetaba, tratando de evadirlo de su paranoia. Mas, ¿acaso no era real todo cuanto había vivido? Roberto tenía la certeza de que sí lo era. Aquel hombre no le amarraba las manos para calmarlo, sino para hundirlo en el agujero del pavimento.